

encendido / se quema sin hacer llama porque la oculta en sí mismo, / pero si yo barruntara de tu fuego lo excesivo, / yo procurara apagarla haciendo mis ojos ríos. / El alma: / Respondió llorando el alma; si acompañada contigo / he vivido tantos años, mucho me hubiera valido, / y ganado mucho más con no haberte conocido; / gran vergüenza pasaré delante del Uno y Trino, / cuando le esté dando cuenta de lo que yo le he ofendido; / no tengo santo ni santa a quien nombrar de padrino, / en Vos Virgen soberana el buen suceso confío, / me habéis de favorecer, bien sabéis con que cariño / yo recé vuestra corona trayendo siempre conmigo / los Sagrados Evangelios y el retrato peregrino / de Cristo crucificado, y el vuestro para mi alivio; / Santísima María, ya es tiempo que a vuestro Hijo / roguéis por mí, Gran Señora, y use de piedad conmigo / para que no me condene un año de vida os pido / y por Vos me lo conceda para llorar mis delitos. / Aquella Virgen Sagrada habló con Jesús Divino / diciendo: Padre y Señor, Amado y Querido Hijo, / el ánima pecadora, Señor, de mí se ha valido / y la tengo que amparar porque mi devota ha sido, / que no vaya a los infiernos, Señor, que es lo que os pido. / Respondió Cristo a la Virgen: Bastante tiempo ha tenido / para poder enmendarse, mas ella no lo ha querido / sino apartarse de mí. Ya no la quiero conmigo, / que los tesoros del Cielo los quiero para mis hijos, / aquellos que fervorosos y leales me han servido; / mas porque así tú lo quieres, sea, Madre, como tú has dicho”.

José Manuel Pedrosa
Universidad de Alcalá

Anthony Grafton, *Falsarios y críticos. Creatividad e impostura en la tradición occidental*, traducción de Gonzalo D. Djembé, Barcelona, Crítica, 2001, 161 págs.

Pese a que la versión original en inglés de este libro, *Forgers and Critics. Creativity and Duplicity in Western Scholarship* fue publicada en 1990 (por la Universidad de Princeton, en la que da clases el autor), los once años transcurridos hasta que ha visto la luz la traducción española apenas han restado frescura ni actualidad a este hermoso ensayo. Anthony Grafton, uno de los historiadores del Renacimiento más prestigiosos e importantes del mundo, vuelve en este libro su mirada hacia la Antigüedad clásica y hacia la Edad Media como épocas en que se gestó la gran revolución cultural impulsada por la

impresión en el Renacimiento, y describe un impresionante *continuum* cultural entre la Antigüedad y el siglo XVIII definido por los intentos persistentes, época tras época, de imitar los logros y de falsificar las obras literarias y artísticas —y, sobre todo, la historia— de las épocas anteriores, con fines de utilización política, religiosa o cultural por parte de los falsarios o de sus patrocinadores.

Ése es el mayor atractivo de este libro: el de descubrir una especie de hipertexto que no tiene solución de continuidad y que engarza unas épocas y otras en torno al hilo conductor de la falsificación y de su aceptación o refutación por parte de las generaciones —o más bien de algunos de sus más agudos e insobornables miembros— que se ven obligadas a discernir si la cultura heredada es auténtica o postiza. Al hilo de este hilo —valga la redundancia— van apareciendo en este libro nombres tan conocidos como los de Heródoto, Aristóteles, Cicerón, Tito Livio, Hermes Trismegisto, San Pablo, San Agustín, San Jerónimo, Jean Bodin, Chaucer, Erasmo, Copérnico o Macpherson, junto a otros hoy mucho más olvidados, pese a su enorme estatura o bien como falsarios o bien como descubridores y denunciadores de falsarios: Beroso el Caldeo, Filón de Biblos, Metástenes, Vincenzo Borghini, Isaac Casaubon, Demetrio Falero, Juan Goropio Becano, Giovanni Nanni, Thomas Hyde, Melchor Cano, Friedrich August Wolf... Hay momentos, de hecho, en que el ensayo de Grafton se lee casi como una novela policíaca en que el final —es decir, el descubrimiento del falsario— se hace esperar y se consume rodeado de las más aventureras y aventureras circunstancias. No hay que olvidar que, antes de que Grafton diese forma de ensayo erudito a este tipo de hechos, Umberto Eco ya había construido sobre una base argumental relacionada con este tipo de fenómenos —el del secuestro, manipulación y falseamiento de la cultura heredada— toda la trama de intriga de *El nombre de la rosa*.

La atención que dedica Grafton a la Edad Media es amplia, precisa y profunda: “En la Edad Media, asimismo, al igual que había ocurrido ya en la Antigüedad, la falsificación era motor de la crítica. Los doctores en derecho canónico se especializan en la detección de cédulas espurias y elaboraron métodos para la verificación de su expresión verbal, su aspecto físico y sus sellos, que fueron posteriormente recogidos en el *Decretum*, junto con los textos falsos. Algunos juristas, como el papa Inocencio III, eran renombrados por su facilidad para determinar la autenticidad de un documento con la simple inspección de éste y sus sellos; no obstante, en el único caso del que se han conservado los detalles, Inocencio se equivocó. En el siglo

XV, los abogados y las cortes de justicia habían aceptado ciertas normas para determinar la *fides* (o credibilidad) de un documento o una narración: se basaban, sobre todo, en características externas...”.

En cualquier caso, a este libro entretenido y erudito, pedagógico y muy bien documentado, puede criticársele que —como es frecuente en cierta crítica anglosajona, especialmente si es estadounidense— centre su objetivo en las tradiciones culturales inglesa, francesa e italiana —además de en la clásica—, y olvide prácticamente otras, como la española, que podrían haberle ofrecido grandes nombres y grandes obras en materia de falsificaciones, desde los llamados *falsos cronicones* compuestos por muy imaginativos “historiadores” hasta los célebres *Plomos del Sacromonte* que falsificaron los moriscos de Granada para justificar su identidad religiosa y cultural frente al acoso de su muy hostil entorno. Afortunadamente, contamos en España con un libro inmenso, *Las falsificaciones de la historia* (1991) de don Julio Caro Baroja, que analiza la cuestión con tanta profundidad como ironía, y que constituye un más que digno complemento hispánico del que ahora comentamos. Otro crucial e importantísimo complemento del libro de Grafton podría ser el que Eric Hobsbawm y Terence Ranger dedicaron, con el título de *The Invention of Tradition* (1983: hay traducción al castellano desde 2002), a las falsificaciones de la cultura entre los siglos XVIII y XX. Todos estos títulos pueden considerarse como indicios del enorme y muy sano interés revisionista de la historia y de la cultura que está sacudiendo a la intelectualidad occidental en las últimas dos décadas, y que va llevando a la superación de falsedades y prejuicios que muchas generaciones habían tenido por ciertas y auténticas. Desde este punto de vista, y regresando al ámbito hispánico, aún podríamos citar *El bucle melancólico* de Jon Juaristi, que pretende echar por tierra algunos de los falsos mitos fundacionales de la etnicidad vasca, o como *La invención de España* (1997) de Inman Fox, que pretende lo contrario: descubrir los falsos mitos fundacionales del nacionalismo español. Un marco teórico y universalista para poder interpretar mejor todos estos fenómenos puede que sea el que ofrece la revista *Terrain. Carnets du patrimoine ethnologique* 33 en su número de 1999, dedicado a la noción de lo *Authentique*.

El libro de Grafton es, en cualquier caso, uno de los eslabones más clásicos y mejor fundamentados de esta cadena de estudios que pretende poner a prueba los cimientos mismos de nuestra ciencia histórica, de nuestra herencia literaria y cultura, y de nuestra percepción del pasado. Su traducción al castellano, después de doce años, es una buena noticia para

todos, y su modelo sería digno de inspirar los estudios que se deberían acometer en España sobre estas cuestiones.

José Manuel Pedrosa
Universidad de Alcalá

Bernard Sergent, *Celtes et Grecs .I: Le livre des héros*, París, Payot, 1999, 337 págs.

Bernard Sergent es uno de los más importantes y prolíficos especialistas en mitologías europeas e indoeuropeas de los que trabajan hoy en Francia y en el mundo. Autor de obras tan importantes como *Les Indo-Européens* (1995) y *Genèse de l'Inde* (1997), Sergent es, junto con el eximio hispanista François Delpech, uno de los más brillantes continuadores de la colosal obra mitográfica de Georges Dumézil. No cabe duda, en efecto, de que los ensayos de signo más comparatistas de Dumézil, como los ya clásicos *Ouranos-Varuna* (1934), *Jupiter-Mars-Quirinus* (1941), *Mitra-Varuna* (1948) y, sobre todo, *Mythe et Épopée* I, II y III (1968-1973), todos los cuales desvelaban insospechados puntos de intersección de las mitologías india, grecolatina y nórdica, proyectan su alargada y fecunda sombra sobre este estudio de Sergent, que se beneficia, además, de la gigantesca bibliografía internacional que —impulsada precisamente por el ejemplo de Dumézil— ha visto la luz sobre estas cuestiones en las últimas décadas.

Este libro, *Celtes et Grecs* I, trabajosamente construido a partir de la síntesis y del perfeccionamiento de muy diferentes trabajos anteriores del propio autor, es uno de los logros más originales de los estudios modernos sobre mitologías arcaicas, y puede que su mayor mérito sea no el de haber agotado —pese a su profundidad— sino el de haber abierto nuevos y extraordinarios horizontes a la mitocrítica comparatista, y, en concreto, al estudio contrastivo de dos tradiciones tan importantes como la griega y la céltica, que han sido casi siempre consideradas por separado, como si se tratase de repertorios culturales aislados y estancos, cuando, como demuestra Sergent en este gran libro —primero además de una serie más amplia—, han de considerarse hermanas —y hermanas próximas— dentro de la gran familia cultural indoeuropea.

El libro de Sergent comienza comparando los asombrosamente parecidos perfiles heroicos del héroe irlandés Celtchar y del griego Céfalo, cuyas raíces consigue hacer remontar hasta viejas divinidades solares indoeuropeas. En la